

CIUDAD, DISCURSIVIDAD, SENTIDO COMÚN E IDEOLOGÍA: Un enfoque psicosocial de la cotidianidad urbana

Luis d'Aubeterre*

Resumen

Este artículo tiene por objeto exponer y argumentar una serie de supuestos teóricos, conceptos y nociones que constituyen el marco teórico a partir del cual, desde la psicología social, hemos venido abordando con un enfoque discursivo, el estudio de la cotidianidad y el sentido común urbanos, desde hace una década. Partiendo de los postulados generales del construccionismo social (Gergen, 1985; Shotter & Burton, 1983) y de la psicología discursiva (Billig, 1991-94; Parker, 1995-96) y empleando el análisis del discurso como estrategia metodológica fundamental, hemos encontrado posible, válido, legítimo y alternativo, abordar el estudio de la cotidianidad urbana desde las producciones discursivas: de la gente ("discurso vivo"), las instituciones ("discurso oficial"), y los medios de comunicación social

("discurso público"). Entre los supuestos teóricos asumidos están: a) la ciudad es un ser semántico que produce sus propios discursos, al tiempo que genera discursos en los ciudadanos; b) el discurso constituye una práctica psicosocial y cultural de tipo fundacional: lo que el discurso funda es la realidad misma de la cual habla; c) las realidades ciudadanas no son un dato a priori que existen independientemente de quien las piensa y del lugar que ocupa el individuo, sino un complejo proceso-producto histórico en permanente construcción colectiva; d) el sentido común es una dimensión transdiscursiva cargada de toda la sedimentación de sentidos que las palabras y las expresiones populares han ido y continúan atesorando.

Palabras clave: Ciudad, cotidianidad, discursividad, sentido común, ideología.

Recibido: 08-11-02 • Aceptado: 21-04-03

* Centro de Investigaciones Antropológicas de Guayana. Universidad de Guayana (UNEG). Puerto Ordaz, Venezuela. E-mail: ldaubete@cantv.net

The City, Discursivity, Common Sense and Ideology: A Psychosocial Perspective of Urban Everyday Life

Abstract

The purpose of this paper is to propose and discuss certain theoretical suppositions, concepts and notions which are constituent elements of a psychosocial framework necessary in the approach and study of urban everyday life and common sense, viewed from a discursive perspective that has been developing over the last ten years. Some of our main references are general propositions of social constructionism (Gergen, 1985; Shotter & Burton, 1983), discursive psychology (Billig, 1991-94; Parker, 1995-96), and hermeneutics (Riccoeur, 1998; Gadamer, 1979). In this manner we adopted discourse analysis as a basic methodological strategy to explore discursive productions coming from: people ("live discourse"), local political institutions ("official discourse") and

local mass media ("public discourse"). Some theoretical suppositions are assumed here: a) the city is a semantical being which produces its own discourse and induces citizens to generate it too; b) discourse is a psychosocial and cultural foundational praxis: which is founded by discourse and the reality it talks about; c) the city's realities are not an a priori data which exists independently of individual thinkers, but a complex historical process-product constantly rebuilt by people; d) common sense is a transdiscursive dimension heavily charged by the semantic sedimentation of words and popular expressions coming from history and traditions.

Key words: City, everyday life, discursivity, common sense, ideology.

I. "Topología" de un objeto de estudio complejo

Inicialmente, el problema teórico-metodológico que se nos planteó fue esbozar un cuerpo de conceptos, supuestos e hipótesis de trabajo armónicamente estructurados, que nos permitiese delimitar en forma plausible un objeto de estudio psicosocial que no es ni una "cosa" construida en concreto (las edificaciones-espacios de la ciudad), ni una noción antropológica (la cultura), ni conductas observables (comportamiento urbano); sino una apretada síntesis interactiva que engloba y desborda estas tres categorías de "objetos parciales".

Partimos del supuesto general según el cual, la ciudad en tanto realidad humana, no es un hecho *a priori* que existe independientemente de las personas que viven, gozan, sufren, fantasean, nacen, se reproducen y mueren en ella. Sin duda, las prácticas sociales urbanas, las rutinas de las personas, los rituales sociales ligados a las funciones básicas de una ciudad y sus instituciones: traba-

jar-producir, administrar, legislar-planificar, educar, consumir, amar-odiar, circular, reproducir(se), divertir(se), sanar-proteger, excluir-reprimir...; hacen parte constitutiva de la materialidad viva de la ciudad, son el flujo vital que mueve y configura los rasgos de una polis.

No obstante, lo que nos parece caracterizar, permear, delinear, los contornos inquietos de esa *síntesis movediza* que incluye tanto a la ciudad, como a las prácticas sociales cotidianas de la gente, son los discursos. Es decir, esas producciones discursivas que se vierten sobre/ desde/por/contra la ciudad, a partir de lo que dicen sus ciudadanos (*discurso vivo*), los entes oficiales que legislan, planifican y regulan la urbe (*discurso oficial*), los entes privados que detentan el poder económico y los medios de comunicación (*discurso público*).

En realidad, el planteamiento que subyace es sumamente simple: la ciudad no existe si nadie la piensa, la habla, la fabula, la padece y la comparte con otros que también elaboran sus propios relatos, historias, chismes, anécdotas, poemas, grafitis, chistes, etc., sobre la ciudad y sus vidas: suerte de *poesis* urbana. Al mismo tiempo, la ciudad habla con sus ciudadanos, ella los piensa: acepta a unos y excluye a otros según ciertas condiciones; les dice cómo, cuándo, con quién, por dónde deben caminar, comer, vestirse, divertirse, seducir, etc.; les impone ciertas reglas de uso que, con el tiempo, se transforman de normas cívicas a valores morales o éticos para todo un colectivo que se reconocerá a sí mismo, según ciertos códigos y símbolos compartidos entre semejantes; en otras palabras, mediante una comunidad de sentidos que funda su *sentido común*.

Estos discursos ciudadanos transitan, fluyen de manera diferente según el origen, carácter e intención que los identifique (aún y cuando a menudo sean anónimos); permean la piel (*murus*) de la ciudad y entran en los espacios de vida públicos y privados para ser enriquecidos, reinterpretados, distorcionados, reinventados por las personas, cargándolos de diferentes connotaciones en función del lugar-posición social en el cual se ubiquen...

II. Sobre la ciudad

Una de las deficiones que desde la sociología se ha ofrecido sobre la ciudad, afirma que ésta es una forma particular de apropiación del espacio que se produce/constituye a partir de una importante concentración de humana, estructurada según complejas redes de intercambio social cuyas funciones básicas, secundarias y terciarias giran en torno a las actividades económicas y de producción

(no agrícola), de reproducción, educativas, recreativas, habitacionales y de circulación (Castells, 1976; Ledrut, 1976; Acosta y Briceño, 1987).

En este sentido, las ciudades no sólo son un núcleo espacial que atrae a los individuos del campo, sino sobre todo, se constituyen en un centro de poder político y económico en donde se toman decisiones que afectan tanto al espacio propio de la urbe y la relaciones de vida de los ciudadanos, cuanto al espacio que les es exterior, con el cual establecen relaciones de poder e interdependencia.

En suma, percibido desde la tradición del materialista-histórico, el fenómeno urbano contemporáneo se entendería, en general, como *“un sistema característico de la sociedad industrial capitalista”* (...) en donde, en un ... *“lugar geográfico (la ciudad), se instala una superestructura político-administrativa de una sociedad que ha llegado a un tal grado de desarrollo técnico y social que ha hecho posible (...) la existencia de: 1) un sistema de clases sociales; 2) un sistema político que asegure a la vez el funcionamiento del conjunto social y la dominación de una clase; 3) un sistema institucional de inversión (...); 4) un sistema de intercambio con el exterior”* (Castells, 1976:19).

1.1. Del espacio apropiado a la ciudad discursiva

Si bien la teorización sociológica sobre la apropiación del espacio es una de las formas posibles y concretas para entender a la ciudad, pensamos sin embargo, que la ciudad no sólo es la combinatoria de espacios ocupados con una o muchas intencionalidades funcionales y ergonómicas, según una lógica racional que dependería en primera y última instancia de razones economicistas, en donde las condiciones y modos de producción y las características topográficas naturales del sitio, por un lado, y la superestructura ideológica instituida por una clase dominante, por otro, sobredeterminarían los usos específicos, los trazados de circulación, el tipo de edificaciones, la manera, forma, cantidad y calidad de las relaciones interpersonales de los ciudadanos, en función de su pertenencia a una clase socio-económica, edad, sexo, o religión particular.

A pesar de algunos valiosos e interesantes intentos de “semiologización” de lo urbano (Castells, 1976; Acosta y Briceño, 1987), el análisis sociológico propuesto desde el materialismo histórico es tan cosificante, reduccionista y desvirtuador de la riqueza vital y polimorfa que ofrece la vida cotidiana de una ciudad, como lo es el enfoque sistémico del funcionalismo sociológico propio de los planificadores urbanos “sociológicos” y “culturalistas”, nutridos en la tradición de la sociología

neo-positiva anglosajona (v.gr.: Peattie, 1987; Chamberlain, 1988). Estas racionalidades apriorísticas prescriben de antemano las relaciones de causalidad posibles que explicarían de manera general y absoluta todas las situaciones urbanas en donde se despliega el sistema del capital, independientemente de las especificidades psicosociales y etno-culturales propias a cada ciudad. De esta manera, al circunscribir la “problemática urbana” a la interrelación (“dialéctica”, estructural o sistémica), de unas cuantas categorías abstractas clásicas, no sólo se evacua la irracionalidad cotidiana, la complejidad y ambivalencia relacional que alimenta a las urbes, sino que también se deja a un lado (quizás por obvio o banal), la realidad misma que los ciudadanos activamente construyen.

Alternativamente, pensamos que la ciudad bien podría entenderse como una matriz psico-social discursiva, en donde se generan, confluyen, interactúan, entrecruzan, chocan, coexisten, diversas formas y géneros discursivos que definen una cierta *identidad/cultura urbana* predominante de/en una ciudad: con sus rasgos de carácter más peculiares (hay ciudades alegres y festivas; tristes y grises; aceleradas, agitadas y agresivas); sus modos de expresión afectiva (hay ciudades simpáticas, “cálidas”, agradables, sensuales; como también las hay antipáticas, repugnantes, “frías”, desagradables, malsanas, etc.); o sus actitudes respecto a los ciudadanos (hay ciudades acogedoras, mientras que otras son inhóspitas). Entender de esta manera a la ciudad¹ es reconocerla como un ser social (no natural), vivo, inteligente, dotado de discursos y de una cierta racionalidad e irracionalidad múltiples; que es capaz de mantener un diálogo constante y diferencial con todos y cada uno de los ciudadanos que la habitan y que a su vez, son habitados por ella. Reconocerla como un ente discursivo, implica considerar seriamente la inscripción de la ciudad en las tres dimensiones lacanianas en donde opera el sujeto y todos los objetos que éste crea: lo real, lo simbólico y lo imaginario; lo cual corresponde a la lógica fundacional misma de todo ser que se

1 Este entendimiento se ha nutrido de diversas perspectivas teóricas postmodernas, tales como la de Fernández Christlieb (1991:11) quien define la ciudad como “ese espíritu civil, que contiene gente con todo y lo que la gente tiene, y además contiene obras, distancias, funciones, trazado y una historia”... O como la planteada por la semiología urbana de Silva Téllez (1993-1991), para quien la ciudad ... “es un escenario de lenguaje, de evocaciones, de sueños, de imágenes de variada escrituras...” aclarando al propio tiempo que si bien ... “la ciudad ha sido definida como la imagen de un mundo..., la ciudad es del mismo modo lo contrario: el mundo de una imagen, que lenta y colectivamente se va construyendo y volviendo a construir incesantemente” (Silva, 1991:15).

instituye y reconoce como tal, en el discurso: la palabra del Otro que lo nombra como diferencia (Lacan, 1966).

Obviamente, esta manera de ir configurando una cierta noción de ciudad puede fascinar o disgustar por su aparente carga poética subjetiva. Se trata, en suma, de una cuestión relativa al posicionamiento teórico y a la *metáfora fundamental* que se asumen, no sólo frente a la ciudad, sino frente a la realidad y a las condiciones que posibilitan la elaboración de un conocimiento respecto a ella.

II. Aquello que suponemos cierto

Es pues necesario, explicitar algunos de los supuestos teóricos a partir de los cuales hemos abordado el estudio de la ciudad desde las producciones discursivas de la realidad cotidiana que se construye colectivamente:

1. La ciudad es un ser semántico que produce sus propios discursos, al tiempo que genera discursos en los ciudadanos; estos discursos adoptan diferentes modos de expresión: hablas, escrituras, gestualidad, iconografía, indumentaria..., cargados de diferentes connotaciones en función del “lugar-posición” desde donde se emiten. Dichos discursos ciudadanos pueden ser analizados a fin de comprender e interpretar el sentido semántico que poseen en el entramado de relaciones psicosociales contradictorias, que conforman la vida cotidiana de las personas y se refieren a todo aquello que, por obvio o banal, ya no es percibido, sino que pasa a ser parte de lo “natural”².
2. Los espacios de vida ciudadanos (públicos y privados), constituyen la matriz psicosocial donde se configura la memoria y la psicología colectivas de los ciudadanos y grupos que habitan/ son habitados por la ciudad³. Independientemente de ello lo encontramos en la construcción discursiva dicotómica (creencias negativas y positivas) elaborada por los participantes en un estudio sobre la vida cotidiana en Ciudad Guayana (d’Aubeterre, 2001:296-298), respecto al tópico-objeto “la gente de San Félix”; quienes afirmaron creer que la razón por la cual esta gente es “humilde”, “desactualizada”, “incoherente”, siente rechazo hacia la ciudad planificada de Puerto Ordaz y sus habitantes, y también “tiene una manera de pensar distinta”, sería porque “la gente de San Félix tiene un complejo de inferioridad”.
3. Aquí concordamos plenamente con Fernández Christlieb (1991:36-38 y nota N°21, pp. 98-100), respecto al concepto de *memoria colectiva*, introducido por Halbwach: ... “según Halbwach, la memoria colectiva es el proceso social de construcción del pasado”.

dientemente de las consideraciones neurofisiológicas sobre la ubicación de las trazas amnésicas en el neocortex, desde la psicología social se plantea que los marcos referenciales de tiempo/espacio no se ubican *dentro* de la cabeza de las personas, sino *fuera*: en el espacio socialmente fundado y construido, en las cosas que lo habitan y en las prácticas comunicativas cotidianas, más o menos ritualizadas (Connerton, 1989).

3. Las realidades ciudadanas, así como la *Realidad* en general, no son un dato *a priori* que existe independientemente de quien las piensa y del "lugar" que éste ocupa, sino que ellas son, dialógicamente, un proceso/producto histórico urbano en permanente construcción colectiva, causalmente dependiente de las múltiples prácticas psicosociales (reales, simbólicas e imaginarias), desarrolladas de manera particular, por una comunidad que posee y comparte una lengua, un territorio y una cultura propios⁴.
4. Como correlato de ello, asumimos que dichas prácticas sociales no se producen *al vacío*, sino que, por el contrario, hay por parte de las personas, los grupos y las instituciones, una profusa actividad de producción de *objetos intangibles* (significaciones, ideas, creencias, representaciones, afectos, mitos, valores, fan-

vivido y experimentado por un determinado grupo, comunidad o sociedad. Este pasado vivido es distinto a la historia, la cual se refiere más bien a la serie de fechas y eventos registrados como datos, como hechos"...; contrariamente a la historia, *... "la memoria colectiva insiste en asegurar la permanencia del tiempo y la homogeneidad de la vida, como un intento por demostrar que el pasado permanece, que nada ha cambiado dentro del grupo y, por ende, junto al pasado, la identidad del grupo también permanece, y así sus mismos proyectos"*.

- 4 Este es uno de los aspectos que emergió durante un estudio sobre las creencias de los trabajadores de SIDOR (d'Aubeterre, 1996); allí encontramos que mientras que en el *discurso vivo* de los trabajadores sidoristas el tópico-objeto "*las Empresas Básicas*" se refería a vivencias propias y grupales que hablaban tanto del "*orgullo de ser sidorista*", como de "*la miseria que gana uno*", pasando por creer que ellas "*antes, eran nuestro símbolo de triunfo*", y ahora "*ya todo se lo están acabando los gerentes y las contratadas*". El *discurso oficial* de la Presidencia de la CVG y de las Gerencias Corporativas del Holding siempre empleó una retórica cargada de tecnicismos positivos y abstractos que permitían desembarazarse de eventos y personajes críticos que sacudieron al país en el corto período presidencial de Carlos Andrés Pérez, centrándose en "*adecuar tecnológicamente a SIDOR para las exigencias del mercado mundial, asegurando su competitividad y supervivencia*"... todo lo cual concluyó en la polémica privatización de esta Empresa Básica, clave del Proyecto Guayana.

tasmas, imágenes, ideología...), que son vehiculados por el discurso, recurriendo a variadas estrategias retóricas (a menudo contradictorias), con la intención de dar coherencia, credibilidad y consistencia a la realidad misma que se está construyendo, colectiva e individual (d'Aubeterre, 1996-1997).

5. Esta compleja y multifacética actividad socio-cognitiva constituye lo que denominamos el conocimiento vulgar o *sentido común*, que es compartido por un colectivo específico que se auto-reconoce (y es a su vez reconocido), en la diferencia discursiva pautada por el Otro según las marcas sociales que se imponen, desde la lengua, en una cultura, tiempo y lugar históricamente determinados. Y si el sentido común nos ocupa e interesa tanto es porque, muy precisamente, el discurso de la ciudad es el discurso del sentido común de la gente.

Partiendo de estos supuestos teóricos generales que caracterizan nuestro enfoque psicosocial discursivo, empleamos técnicas cualitativas de investigación (grupos focales, entrevistas extensas, observación participante), centradas en el análisis de las producciones discursivas de/ en la ciudad según una metodología expuesta anteriormente (d'Aubeterre, 1996). Ello permite elaborar matrices de creencias contradictorias que expresan las personas, los medios de comunicación y las instituciones locales, a fin de identificar las configuraciones ideológicas y mitológicas de/ sobre la ciudad, las cuales, en conjunto, permiten proveer una panorámica lectura comprensiva e interpretativa del proceso social de construcción del sentido común de una realidad urbana en un momento determinado de su historia (ver cuadro anexo).

En suma, al analizar los diferentes niveles de materialidad que ofrece el discurso, lo que nos proponemos es hacer explícitas las relaciones de significación que usualmente pasan desapercibidas por resultar ora *obvias*, ora *confusas*, pero que luego, dejan sentir sus efectos en la realidad.

III. Discurso y discursividad

Según el enfoque hermenéutico desarrollado por Ricoeur (1998:26), a partir de la distinción saussuriana entre *lengua* y *palabra*⁵, el discurso se define

- 5 Ferdinand de Saussure (1916, reed. 1968), distingue los términos de *langue* y *parole*, definiendo a la primera como un sistema: "...es el código o conjunto de códigos en el que un hablante particular produce parole"... (en Ricoeur, 1998), mientras que la *parole* es definida como un mensaje particular y efímero. Nótese que Saussure, en su Curso, no

como *“el acontecimiento del lenguaje”*. Esta definición por oposiciones, permitiría introducir la actualización y comprensión que provee el discurso: *“si todo discurso se actualiza como acontecimiento, todo discurso es comprendido como sentido”*; aclarando luego, que el sentido o significado designa el contenido proposicional del discurso, el cual a su vez refiere tanto lo que el interlocutor intenta decir, como lo que la oración significa. Además, el discurso sería *autorreferencial*: éste siempre se refiere a lo que emite. Y aunque el discurso cumple con las funciones predicativas de identificación y de significación intencional del interlocutor, para Ricoeur, *“el sentido mental no puede encontrarse en ningún otro lado más que en el discurso mismo”*. En otras palabras, el “yo discursivo” carecería de *“significado objetivo”*, no es un concepto psicológico ni requiere de una entidad mental: su sola función es la de referir la oración al sujeto del acontecimiento, por ello, cada vez que se usa tiene un nuevo significado pues se refiere a un sujeto singular: *“Yo”, es aquel que al hablar se adjudica a sí mismo la palabra “yo”, que aparece en la oración como el sujeto lógico*⁶ (Ricoeur, 1998).

Otra definición aportada por van Dijk (1990:161) afirma que el discurso sería... *“tanto una forma específica de uso del lenguaje, cuanto una forma específica de intreracción interpretada como un evento comunicativo completo ubicado dentro de una situación social particular”*. Para este analista crítico del discurso, *“las estructuras semánticas son estructuras cognoscitivas”*, las cuales define como matrices relacionales de conocimientos acerca del mundo (*“representacio-*

habla en ningún momento de “discurso”, sino de *parole*, pero esto no impide asociar el discurso a la *parole*).

- 6 Un aspecto interesante de esta comprensión semiológica de la instancia yoica en el discurso es que ella se conecta con los planteamientos psicosociales discursivos de algunos autores (Parker, 1993; Ibáñez, 1988; d'Aubeterre, 2001) que cuestionan las teorías clásicas de la personalidad, obligando a repensar el estatus teórico-ontológico de la persona y del individuo, no como una “esencia yoica” o “interioridad subjetiva” escondida en algún amasijo de neuronas, sino como un “Yo narrativo” (Ibáñez, 1988) o un *yo discursivo* que se construye en tanto en cuanto instancia dialógica diferenciada del Otro, gracias a la consciencia reflexiva (especular), que procura la estructura lingüística del pensamiento que lo piensa. El famoso monólogo chakespeariano de *“ser o no ser, esa es la cuestión”*, se podría transformar en un diálogo que el individuo mantendría consigo mismo: *“yo soy yo, porque yo puedo llamarme y reflexionar sobre mí mismo, gracias a que Otro me pensó en los mismos términos que ahora yo uso para diferenciarme de él”* (d'Aubeterre, op. cit.). Lo cual también nos remite a la propuesta psicoanalítica de Lacan (1966) sobre el “estadio del espejo”.

nes sociales”), y estrategias (“*modelos*”) para reconocer e interpretar los eventos lingüísticos y fácticos (van Dijk, 1993).

Por su parte, Foucault (1972:49), define a los discursos como ... “*prácticas sociales que sistemáticamente construyen los objetos de los cuales hablan*”; en este sentido, los discursos construyen representaciones del mundo que nos rodea, las cuales tienen una realidad tan contundente como los objetos físicos. A través de su “arqueología del saber”, Foucault muestra cómo el desarrollo de los discursos en Occidente fue configurando espacios de conocimiento cada vez más constrictores y abarcentes, al tiempo que prescribían formas de racionalidad, moralidad cívica, patología o desviación social, así como modos de disciplina, orden, castigo y poder.

Más recientemente, desde la psicología social discursiva inglesa, Potter & Wetherell (1987:149) propusieron entender los discursos como... “*sistemas de términos usados recurrentemente para caracterizar y evaluar acciones, eventos y otros fenómenos..., a partir del uso de un limitado rango de términos y construcciones gramaticales y estilísticas particulares..., los cuales se organizan a menudo en torno a metáforas y figuras de lenguaje específicos*”. El punto general que sostienen estos autores es que “*el discurso es una entidad contingentemente manufacturada: nada hay de natural ni de absoluto en su forma particular*” (Potter & Wetherell, 1992:15).

Por nuestra parte, hemos asumido la definición del término que ofrece Ian Parker (1992:5-17), según la cual: a) un discurso es un sistema coherente de afirmaciones que construye los objetos de los cuales habla, al tiempo que provee de lugares desde donde se pueden situar diferentes “voces” o tipos de sujetos: “yo”, “nosotros”, “ellos”. b) Igualmente, el discurso es un sistema de significados que impone sus metáforas, conceptos, modelos, analogías y otros juegos de lenguaje, como afirmaciones sobre la realidad que delimitan: tanto lo que puede decirse o pensarse, como las instancias que pueden decirlo y los espacios en que ello es pertinente. c) Finalmente, en la medida en que los discursos sostienen y refuerzan las instituciones y al sistema de relaciones sociales instituido, éstos reproducen las relaciones de poder existentes y tienen efectos ideológicos, pero también propician la emergencia de una posible oposición.

III.1. Del sentido común, la ideología y los mitos...

Contrariamente a la acepción peyorativa oficial que presenta al sentido común como la confluencia de supersticiones y prejuicios carentes de valor, lo hemos conceptualizado como un proceso-producto dialógico de *hermenéutica social* (Gadamer, 1979), característico de la función psicosocial de las prácticas discursivas, a saber: producir, generar, inventar significados y representaciones actuales que permitan hacer congruentes, asimilables, familiares y manejables los eventos que acaecen en los espacios (privados y públicos), de la vida social. Consecuentemente, el sentido común es una modalidad social de producción de conocimientos, vale decir, de instrumentos teórico-prácticos gracias a los cuales se elaboran respuestas más o menos eficaces para resolver múltiples problemas cotidianos (familiares, económicos, morales, de salud, mágico-religiosos, existenciales, etc...), que posibilitan: a) tanto una adecuada interacción de las personas con los demás a través de sus prácticas sociales (reales, simbólicas e imaginarias), como también b) la reproducción histórica de los modos de relación social que propician la continuidad del poder y el dominio que ejercen grupos minoritarios sobre la mayoría de las personas.

Desde esta perspectiva psicosocial discursiva, proponemos definir el sentido común como una dimensión transdiscursiva cargada de toda la sedimentación de sentidos que las palabras y las expresiones populares han ido y continúan atesorando, adecuando y transformando a lo largo de la historia de la lengua y hablas de cada sociedad, asimilando y adaptando materiales tan diversos como pueden serlo: las afirmaciones oficiales, los juicios y dogmas religiosos, los saberes (instituidos o difusos, legales o proscritos), la historia (oral y oficial), los chistes, juegos, chanzas y chismes, las informaciones de los noticieros, las letras de las canciones de moda, la propaganda política, los mensajes publicitarios, etc. Toda esta carga particularmente heteróclita y contradictoria de contenidos semánticos ligados: tanto a las palabras y sus significados movilizadas por la lengua que hablan las personas, cuanto al discurso oficial de las instituciones y al discurso público que generan los medios de comunicación social, permite suponer que el sentido común sea un terreno especialmente fértil para la ideología. En este sentido, coincidimos con Billig (1988, 1991), al afirmar que los recursos teóricos de que dispone el sentido común son productos de la ideología, aclarando que la ideología no es reproducida por las personas como un sistema cerrado y unívoco que permite hablar (hacia "afuera" y hacia "adentro"), sobre el mundo; sino, más bien como un sistema incompleto de "paquetes" de temas contradicto-

rios que permiten continuamente la discusión, la argumentación y la solución temporal de las contradicciones (*"dilemas"*) de la vida cotidiana.

Si como afirmamos, el discurso de la ciudad es el del sentido común, tenemos entonces que, para entender la dinámica propia de este discurso, resultaría indispensable analizar el papel que juega la ideología en la construcción del conocimiento social compartido como *verdad obvia y natural*, sobre-entendida por "todos" como un transitado *lugar común*.

El uso del concepto de ideología⁷ por los psicólogos sociales ha sido, como indica Montero (1991, 1994), muy escaso *"marginal y ambiguo"* y ha privilegiado (sobre todo en la literatura anglosajona, vgr.: Brown, 1973; Eysenck y Wilson, 1978; Shils, 1986), una acepción *"neutra"* del término. Montero (1994:129-130), establece siete líneas definitorias del concepto ideología dentro de la psicología social contemporánea: a) *"conjunto de ideas"*; b) *"tendencia evaluativa que orienta la conducta política"*; c) *"concepto integrador de carácter cognoscitivo"*; d) *"falsa consciencia"*; e) *"forma de perturbación de la comunicación"*; f) *"mecanismo de defensa social (...) forma de racionalización colectiva"*; y g) *"producto de procesos cognoscitivos que naturalizan, familiarizan lo que es ajeno y extraño al individuo y a sus intereses"*.

Por nuestra parte, proponemos definir la ideología como un sistema discursivo prescriptivo sesgado, que impone como condición retórica, un bloqueo a la discrepancia argumentativa por la vía de la distorsión interesada de lo que dice, en función de preservar intereses y poder de grupos socialmente dominantes. Así pues, al enunciar fragmentariamente el discurso de la ideología, el individuo la asume de manera más o menos inconsciente, como cosa propia y, dialógicamente, se convierte en sujeto y agente activo del discurso ideológico que construye un relato intencionalmente falsificador de la realidad, posicionándolo en una

7 Los desarrollos clásicos de Marx y de Engels (1841, reedic. 1966), partían de un principio simple: puesto que la clase dominante en una sociedad determinada, posee los medios de producción material, igualmente ella dispone de los medio de producción espiritual. De esta manera, las ideas, pensamientos y representaciones dominantes no serían más que la expresión ideológica de las relaciones materiales dominantes concebidos bajo la forma de pensamientos. Posteriormente, Marx y Engels maduran y amplían este concepto de ideología concebido como *"un proceso que el pensador desarrolla conscientemente pero con una falsa consciencia. las fuerzas motrices que lo ponen en movimiento le son desconocidas; de otra forma ello no sería un proceso ideológico"*...

red de relaciones y de sentidos que prescriben, delimitan y naturalizan roles, atributos, privilegios, expectativas, etc., ligadas al ejercicio del poder.

En este sentido, asumimos el supuesto teórico según el cual todas las formas de cognición social (creencias, valores, representaciones sociales, opiniones, prejuicios, mitos, etc.), están vinculadas de múltiples formas con la ideología y el sentido común. Esto implica que, según una curiosa dialógica, somos y no somos dueños de nuestras palabras y pensamientos. En parte a ello se refiere también la noción de transdiscursividad; entendiendo que todas las producciones discursivas de la gente cuando habla, conversa, escribe, piensa, compone poemas, delira, insulta o chismea, se constituyen a partir de los cruces de grandes matrices discursivas de diverso género (moral, educativo, médico, religioso, económico...), las cuales no son autónomas o aisladas en sí mismas, sino que a su vez requieren/ contienen/ apelan a otros discursos para componer las cadenas de significantes actuales que cada quien emite según sus necesidades argumentativas. En síntesis, a pesar de que cada acto de discurso es nuevo, cuando hablamos no creamos *nuestras propias palabras*, sino que estamos repitiendo una gran cantidad de signos verbales, significados, metáforas, etc., que a su vez configuran las *verdades obvias* del sentido común y de la ideología⁸.

Ahora bien, lo que encontramos en el análisis de las producciones discursivas de la gente, de las instituciones y de los medios, no es un *corpus* ideológico coherentemente estructurado, más bien, son retazos hilvanados de afirmaciones que llegan tomar la forma, sea de una *configuración ideológica*, sea de una *configuración mitológica*. Definimos las configuraciones discursivas (d'Aubeterre, 2001: 129-131), como una construcción semántica implícita a las creencias que

8 Al respecto, son muy ilustrativos los resultados obtenidos en un estudio en curso sobre la construcción discursiva de las identidades grupales de los jóvenes de ambos sectores de Ciudad Guayana (San Félix y Pto. Ordaz). Observamos que uno de los nucleadores semánticos discernible entre las creencias negativas de los participantes de San Félix es el futuro *"comprometido"* de Guayana, en función de *"los jóvenes ociosos"*, *"sin poder trabajar ni estudiar"*; lo cual sugiere una creencia implícita: "los jóvenes de San Félix no tenemos futuro". En contraste, las creencias emitidas por los jóvenes de Pto. Ordaz fueron enfáticas y muy radicales respecto a lo que les diferencia del Otro: *"nosotros somos superiores a ellos en todo: en lo económico, en lo intelectual y en lo cultural"*...; lo cual resultó coherente con las creencias racistas que fueron emitidas al construir su otredad referencial: *"la gente de San Félix"*, *"los sanfelucos...; la gente de San Félix es como los negros: una raza inferior a la blanca"*...

son emitidas; ellas emergen del análisis del discurso, una vez que se identifican las estrategias retóricas, la intencionalidad y las agencias que imprimen sentido a las afirmaciones de la gente, para tratar de convencer a los demás. Generalmente, las configuraciones discursivas no tienen un aspecto formal imperativo, antes por el contrario, son sugeridas de forma más o menos sutil, como una suerte de relato o narrativa posible, latente. Su función en el discurso es la de insinuar una cierta idea o representación respecto a la realidad de la cual se habla.

Las *configuraciones ideológicas*, sin llegar a constituir una ideología (en tanto sistema discursivo prescriptivo y sesgado), se nutren de discursos que sí lo son. Ellas son argumentaciones sobre-entendidas que operan permeando la materialidad de los hechos, eventos, cosas, personas y objetos, haciéndolos parecer como cosas homogéneas, sin irregularidades ni brillo propio, abstraídas de las contingencias históricas que imponen el tiempo y el lugar que ocupan/ocuparon. Las configuraciones ideológicas resemantizan la realidad discursiva, transmutando los hechos de vida socio-política en objetos aislados, vaciados de su situación histórica original, que adoptan la forma de creencias sobre la realidad, cuya función es preservar los intereses particulares de grupos que ostentan posiciones de poder en una sociedad, tiempo y lugar determinados. Las *configuraciones mitológicas*, son narrativas implícitas a las creencias que se expresan y que adquieren bien sea la forma de un *relato de orígenes* (Eliade, 1978), o bien la de un *“discurso truqueado”*⁹ (Barthes, 1970). Sin llegar a ser un mito, estas configuraciones sugieren una pretensión de *verdad natural* respecto a un “objeto” que se afirma creer verdadero o real (independientemente de que lo sea o no), sobre el cual se confecciona intencionalmente (aunque no siempre de manera consciente para quien la emite), una *historia* imaginaria que se nutre de hechos, personajes, situaciones, etc., pero vaciándolos de sus significaciones socio-políticas, económicas e históricas. En lugar de ello, el “objeto” de las configuraciones mitológicas se reinventa como algo ahistórico, *inocente y natural*.

9 Debido a su complementariedad, decidimos adoptar ambas definiciones de *mito*: para Eliade (1978), *“el mito siempre dice cómo algo ha nacido”* en un tiempo primigenio, ahistórico; mientras que Barthes (1970: 220-243), define el mito contemporáneo como *“un sistema ideográfico”* que se percibe como una *“palabra inocente”*, no porque sus intenciones sean ocultas, sino porque ellas son deformadas y naturalizadas.

V. El bucle dialógico de/entre la ciudad y sus ciudadanos

Al plantearnos una reflexión general sobre la ciudad, la discursividad, el sentido común y algunos correlatos teóricos indispensables, hemos intentado exponer y argumentar muy someramente, acerca de los elementos que, a lo largo de una década, nos han permitido desplegar una aproximación psicosocial-discursiva a la vitalidad parlanchina, ora abrumadora y caótica, ora poética, que nos impone el contacto cotidiano de la urbe, con su piel (*murus*), con sus olores, colores, erotismo, miseria, violencia, belleza...

Consideramos que la milenaria relación privilegiada de la ciudad con el poder y con el discurso obliga a repensar los términos en los que se teje el entramado de significaciones y relaciones que circulan por todos los espacios intersubjetivos que separan y unen a la gente. De allí nuestro interés por el sentido común y la ideología que impregnan la dimensión discursiva dentro de la cual nos movemos con intensidad. Al afirmar que el discurso de la ciudad es el discurso del sentido común de sus ciudadanos, lo que tratamos de decir es que hay un bucle dialógico de/entre la ciudad (quien habla de diversas formas con la gente mediante lenguajes y códigos diferentes: señalizaciones, letreros símbolos, pancartas, semáforos, vitrinas, modos de uso del espacio, fachadas, pasarelas, explanadas, plazas...), y los ciudadanos que habitan en... y son habitados por... la ciudad. Si la ciudad habla con sus ciudadanos (con los foráneos también), es porque ella los piensa: acepta a unos y excluye a otros según ciertas condiciones... Así, por ejemplo, tenemos espacios amplios, limpios, brillantes, custodiados, ostentosos (o de una *meditada simpleza*), cargados de una materialidad luminosa, a menudo acariciados por una música que se respira con el ambiente "cool" del aire acondicionado...; estos espacios citadinos (hyper-centros comerciales o "*mool*"), resultarán *simpáticos* y *familiares* para algunos ciudadanos privilegiados que pueden "consumirlos" sin inconveniente: en realidad, ellos han sido especialmente concebidos como sitios semánticos que operan una transformación de sentido: el ciudadano se convierte en parte de un público que se representa a sí mismo como espectáculo para los demás en medio de un decorado interactivo y cambiante¹⁰.

10 En relación con esto, uno de los hallazgos característicos del sentido común de los guayacitanos, reportados en nuestro estudio sobre la construcción discursiva de la vida cotidiana en Ciudad Guayana (d'Aubeterre, 2001:411-418), tiene que ver con las divergencias semánticas entre el *discurso oficial* y el *discurso vivo* de la gente. Mientras que el primero afirmó cual verdad obvia que "*Cdad. Guayana es la unión de Pto. Ordaz* y

Así, discursivamente, la ciudad impone a las personas ciertas reglas de uso (de los espacios y servicios públicos, de los intercambios personales, de la ropa, de los gestos, etc.), que se transforman de normas cívicas a valores morales o éticos para todo un colectivo que se reconocerá a sí mismo, según ciertos códigos y símbolos compartidos entre “semejantes”... Al entrar en un autobús, hacer la cola en un Banco, caminar holgadamente por un boulevard, conducir un automóvil, esperar el turno para utilizar un teléfono público, etc., reconocemos a nuestros “semejantes” por los códigos, los símbolos y el diálogo compartido que tenemos con la ciudad en ese preciso momento-lugar.

Por supuesto, el discurso de la ciudad no lo habla nadie en particular, ni siquiera el Alcalde: como los mitos, la ideología y el sentido común, aquel es anónimo; no hay un autor que pueda reclamarlo suyo, pero hay millones de bocas que lo profieren, miles de lugares que los afichan, docenas de instituciones que lo congelan y le dan cuerpo de Ley...

Referencias Bibliográficas

- ACOSTA, M. y BRICEÑO, R. (1987) **Ciudad y capitalismo**. Caracas: Edición de la Biblioteca. U.C.V.
- BARTHES, R. (1970) **Mythologies**. Paris, Editions du Seuil (2ª edic).
- BERGER, P. & LUCKMANN, T. (1966) **The social construction of reality**. N.Y.: Pergamon.
- BILLIG, M. (1991) **Ideology and opinions: studies in rhetorical psychology**. London: SAGE.
- BILLIG, M.; CONDOR, S.; EDWARDS, D.; GANE, M.; MIDDLETON, D. and RADLEY, A. (1988) **Ideological dilemmas**. London: SAGE.
- BRICEÑO, R.; GARCÍA, R.; JIMÉNEZ, M. y RODRÍGUEZ, R. (1975) **Hacia una sociología un plan urbano**. Caracas: Edic. FACES, U.C.V.

San Félix, el segundo siempre se expresó de forma contradictoria: habló de la *ciudad planificada, emporio industrial, esperanza del país*...; pero ello nunca correspondió con la fisonomía de San Félix. En cambio, se aclaró que, cual moneda, la ciudad tiene “dos caras”: Pto. Ordaz, “*la cara bonita de Cdad. Guayana*”, mientras que San Félix sería “*la cara fea*”. Todo ello desdice la afirmación oficial y replantea la dificultad cotidiana que tienen los habitantes de uno u otro sector de Cdad Guayana al intentar hablar de *su ciudad*, como una síntesis armónica que los cobije.

- BROWN, L. (1973) **Ideology**. Harmondsworth: Penguin.
- CASTELLS, M. (1976) **La cuestión urbana**. México: Siglo XXI (2ª ed.).
- CHAMBERLAIN, K. (1988) "On the structure of subjective well-being". In: **Social indicators research**. Vol. 20, 6 dec., pp.581-604. Netherlands.
- CONNERTON, P. (1989) **How societies remember**. Cambridge: UK, Cambridge University Press.
- D'AUBETERRE, L. (1996) "Creencias y sentido común en el medio obrero siderúrgico de Cdad. Guayana: un estudio psicosocial". En: **Espacio Abierto**. Vol. 5, N°3, Sept-Dic. 96. Maracaibo.
- D'AUBETERRE, L. (1996) "Aplicación del análisis del discurso como estrategia metodológica de investigación psicosocial de la cognición". En: **Comportamiento**. Vol 5, N° 1, pp.41-65.
- D'AUBETERRE, L. (2001) **Ciudad Guayana o la cotidianidad planificada: un estudio psicosocial sobre ideología y sentido común en Venezuela**. Tesis Doctoral en Psicología, Universidad Central de Venezuela.
- ELIADE, M. (1978) **Mito y realidad**. Barcelona, España: Edit. Guadarrama.
- EYSENCK, H.J. and WILSON (1978) **The psychological basis of ideology**.
- FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, P. (1991) **El espíritu de la calle: psicología política de la cultura cotidiana**. México: Ediciones de la Universidad de Guadalajara.
- FOUCAULT, M. (1970) **L'ordre du discours**. Paris: Gallimard.
- FOUCAULT, M. (1972) **The archeology of knowledge**. London: Tavistock.
- GADAMER, H. G. (1979) **Truth and method**. London: Sheed & Ward Edit.
- GERGEN, K., KEITH, D. (1985) **The social construction of the person**. N.Y.: Springer Verlag.
- IBÁÑEZ, T. (1988) **Ideologías de la vida cotidiana**. Barcelona, España: Sendai.
- LACAN, J. (1966) **Ecrits**. (Vol. 1 et 2), Paris: Editions du Seuil.
- MARX, K. (1966) **Oeuvres choisies**. Paris: Ed. Gallimard.
- MONTERO, M. (coord.) (1991) **Acción y discurso: problemas de psicología política en América Latina**. Caracas: EDUVEN C.A.
- MONTERO, M. (coord.), (1994) **Construcción y crítica de la psicología social**. Madrid: Antropos Edit.
- MONTERO, M. y SALAS, M. (1993) Imagen, representación e ideología: el mundo visto desde la periferia. En: Montero M. y Dorna A. (eds). **Revista Latinoamericana de Psicología: Psicología Política**. Vol. 25- N° 1. Bogotá.

- PARKER, I. (1993) **Discursive dynamics: critical analysis for social and individual psychology**. London: Routledge.
- PARKER, I. (1995) "Discursive methods in material culture". En: AGOUSTINOS, M.; KAYE, J. LE COUTEUR, A. (eds.). **The discursive construction of knowledge**. Sydney: Deakin University Press.
- PARKER, I. and SPEARS, R. (ed.) (1996) **Psychology and society: radical theory and practice**. Chicago: Pluto Press.
- PEATIE, L. (1987) **Planning: rethinking Ciudad Guayana**. The University of Michigan Press.
- POTTER, J. and WETHERELL, M. (1987) **Discourse and social psychology: beyond attitudes and behavior**. London: SAGE.
- POTTER, J. and WETHERELL, M. (1992) Analyzing discourse. En: BRYMAN, A., and BURGUESS, R. (eds). **Analyzing qualitative data**. London: Routledge.
- RICOEUR, P. (1998) **Teoría de la interpretación: discurso y excedente de sentido**. (2ª Ed). México: Siglo Veintiuno.
- SAUSSURE DE, F. (1916, reéd. 1968) **Cours de linguistique générale**. Paris: PUF.
- SHILS, E. (1986) "The concept and function of ideology". In: **International Encyclopedia of Social Sciences**, Cit. en BOUDON, R: *L'idéologie*. Paris: Payard.
- SILVA TÉLLEZ, A. (1991) **Imagarios urbanos: Bogotá São Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina**. Bogotá: Tercer Mundo.
- SILVA TÉLLEZ, A. (1993) **La ciudad deseada**. Caracas: FUNDARTE.
- VAN DIJK, T. (1990) "Social cognition and discourse". En GILLES, H. & ROBINSON, H.P. (Eds.) **Handbook of language and social psychology**. pp. 163-183. Chichester: Wiley.
- VAN DIJK, T. (1993) "Principles of critical discourse analysis". En **Discourse and society**. Vol 4(2), pp 249-283. London: SAGE.